



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
JULIO DE 2013 Número 139 Donativo \$7.00 M.N.



Nuestro Pan de Cada Día

Al pasar por las calles de México D.F. hemos observado en los últimos años la aparición de ciertos salones de reunión de estilo “religioso”. Pero lo más sorprendente es que sobre la entrada de la puerta principal están escritas las palabras: “Pare de Sufrir”. Esta expresión, aparte de ser muy lejos de la realidad, es lo mismo como si se dijera: “pare de respirar” o “pare de comer”. Sufrir es parte de nuestra vida y nadie está exento de ello. No depende de nosotros, pues es el castigo del pecado.

Los protestantes se han ganado miles de católicos por esta misma razón: que declaran que “Jesús salva,” que ya no hay necesidad de hacer penitencia, ni sacrificio ni sufrir nada, ya que las puertas del cielo están abiertas para todos. Esta doctrina es completamente contraria a la nuestra que nos enseña que Jesús ciertamente vino a la tierra a redimir nuestras almas con su Pasión y muerte, pero su misión fue

de justificarnos delante de su Padre Celestial y obtenernos la remisión de nuestros pecados. Sin embargo, nosotros tenemos que pagar la deuda de nuestros pecados, ya que nada manchado entrará al cielo. Si un ladrón se arrepiente de su crimen, aunque la persona a quien robó le perdone, él tiene que restituir lo que ha robado para verse libre de su crimen. “Que haga penitencia por su pecado.” (*Lev. V, 5*)



Si Nuestro Señor escogió el sufrimiento como el medio para obrar nuestra salvación, ¿cómo vamos a creer que hay otro camino o uno más corto para llegar al cielo? Y aunque nos hubiera podido salvar con un solo acto de su voluntad, Él escogió la manera más cruel para mostrarnos su amor, derramando hasta la última gota de su Sangre Preciosa, de manera que cuando el soldado le dio la lanzada en el costado, San Juan nos dice y atestigua que salió “sangre y agua,” para significar que ni una sola gota quedó en el Cuerpo Santísimo de nuestro Salvador.

En el Antiguo Testamento Dios Padre enseñó a Moisés la manera en que los israelitas deberían llevar a cabo sus ceremonias religiosas. La más importante de todas era el ofrecimiento de sacrificios de animales, cuya sangre se esparcía sobre o al derredor del altar para obtener la remisión de los pecados del pueblo. Pero estas ceremonias no eran más que la figura del sacrificio del Calvario donde la Preciosa Sangre del Cordero Divino fue derramada sobre el altar de la Cruz en remisión de nuestros pecados.

¿Cómo podemos llamarnos seguidores de Cristo si no le imita-



mos? Los protestantes creen, ilógicamente, que serán salvos porque Jesús satisfizo plenamente por ellos, pero en realidad cada uno debemos unirnos al sacrificio satisfactorio de Cristo con nuestros mismos sacrificios. La sangre siempre ha sido el precio de redención, ¡y Nuestro Señor compró nuestras almas a un precio muy elevado! ¿Cómo podemos huir del sufrimiento si es la llave del cielo?

El Padre Faber en su tratado sobre la Preciosa Sangre, escribe:

“La Preciosa Sangre pertenece a los hombres de una manera enteramente especial. A los hombres sobre todo es a los que Dios ha invitado a sumergirse en ese baño celestial, y a adquirir en él, no sólo la purificación de sus almas, sino también la fuerza de una vida nueva y sobrenatural. No hay un punto en la ciencia teológica que no recuerde la Preciosa Sangre. Todas las ceremonias de la Iglesia la repiten, todos los sermones son unas exhortaciones a hacer uso de ella; los sacramentos no son más que la comu-

nicación de su virtud todopoderosa, y todos los actos sobrenaturales son debidos a su acción. No hay nada santo sobre la tierra que pueda estar separado de ella; todo lo que nos santifica depende de ella; es necesariamente o un vástago,

una hoja, una flor o un fruto de la Preciosa Sangre. A sus puertas llama Dios a los pecadores, para que puedan sentir allí alivio a su pesada carga; sólo allí obtienen la remisión de sus pecados y sólo

allí recobran el título de hijos que habían perdido; también son llamados los Santos a esas ondas vivificadoras; en la Preciosa Sangre los hombres adquieren la energía del martirio, la dicha de la vocación, las gracias del celibato, de las austeridades, de la caridad heroica, y los magníficos favores que los conducen a la más alta santidad. De esa fuente saca la oración su ali-

mento secreto; allí se purifica la vista para ser admitida a la contemplación sublime; allí se inflaman esas llamas interiores de una caridad que no se complace más que en los sacrificios; allí el hombre encuentra fuerzas para triunfar



con seguridad y con satisfacción de las dificultades, en la apariencia insuperables, de la perseverancia.

“Por la Preciosa Sangre de Jesús el alma se hace cada vez más pura; la Preciosa Sangre es el origen secreto de todas las transformaciones místicas, por medio de los cuales llega a la semejanza de su esposo crucificado; es el vino que embriaga a las vírgenes.

“Cuando el hombre es renovado en Jesucristo, de cualquier manera que se efectúe esa renovación, ya sea por el amor a los padecimientos, y por la dulzura que encuentra en los desprecios, o por la gracia de la oración y el disgusto del mundo, ya por una humildad extraordinaria y el deseo de una vida retirada, o por el celo de la salvación de las almas y la firmeza de la perseverancia, de esa sangre es de donde procede esa vida nueva. Los Santos, los pecadores, los cristianos ordinarios, todos, cada uno a su manera, tienen necesidad de recurrir a la Preciosísima Sangre de Jesucristo.”

Cada día, cuando rezamos el Padre Nuestro, recordemos que a más del pan material, debemos siempre pedir la gracia de saber



sufrir y aceptar el sufrimiento en desagravio de nuestros pecados. Es parte de nuestra vida diaria como católicos, y debe ser... nuestro pan de cada día.

¡Sea para gloria de Dios!



Las Joyas de la Corona de Cristo Rey

Ante el trono de Dios hay un continuo desfile de Santos que glorifican su Nombre. Y cada una de estas almas bienaventuradas han practicado durante sus vidas un ramillete de obras meritorias que llamamos **virtudes**. Esas almas han obtenido la gracia de la perseverancia final en la práctica de las mismas virtudes que nosotros debemos practicar para alcanzar la eterna bienaventuranza.

Así pues, en este número de nuestro boletín explicaremos una por una cada virtud que son las joyas de la corona de Cristo Rey en el cielo.

En el Santo Evangelio, cuando Nuestro Señor describió el juicio final, puso especial énfasis en lo que es considerada la mayor y la reina de las virtudes: **la caridad**.

“Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con Él, se sentará sobre su trono de gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá

las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el rey a los que están a su derecha: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y Me disteis de comer; tuve sed, y Me disteis de beber; peregriné y Me acogisteis; estaba desnudo, y Me vestisteis; enfermo, y Me visitasteis; preso, y vinisteis a verme. Y le responderán los justos: “Señor, ¿cuándo Te vimos hambriento y*



Te alimentamos, sediento y Te dimos de beber? ¿Cuándo Te vimos peregrino y Te acojimos, desnudo y Te vestimos? ¿Cuándo Te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y el rey les dirá: *En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a Mí me lo hicisteis.*” (Mat. XXV, 31-40)



C u a n d o

llegue el día de comparecer delante del Divino Juez, no nos pedirá rendir cuentas de otra cosa alguna sino del grado de caridad que hemos alcanzado aquí en la tierra. Efectivamente, San Juan de la Cruz dice que: “En la tarde de la vida seremos juzgados en el amor.”

¿Qué es la caridad?

Respecto a esta virtud, es necesario tomar nota de su auténtica definición: *La caridad es cualquier acto de bondad hacia nuestro prójimo, cuyo motivo es el verdadero amor de Dios.* Así pues, un acto bueno hecho solamente por amor humano, no es caridad. Cada acto

de verdadera caridad que tiene por objeto nuestro prójimo, contiene un acto del verdadero amor de Dios.

¿Cuáles son las características de la caridad?

La caridad es inseparable del amor de Dios; es fuente de felicidad y gozo; atrae y conquista; sólo por la virtud de la caridad se revela el verdadero rostro del Cristianismo.

San Pablo, en su primera epístola a los Corintios, canta los atributos de la más excelente de las virtudes: *“La caridad es longánime, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no busca lo suyo, no*

se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. La caridad jamás decae. . . Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza, la caridad; pero la más excelente de ellas es la caridad.” (I Cor. XIII, 4-8, 13)

¿Qué nos exige la caridad?

Entre los ejercicios de la caridad, San Pablo nos recomienda

particularmente: no juzgar al prójimo, perdonar sus ofensas y no buscar venganza, soportarlo, vivir en paz con él y cuidar de edificarlo en todo tiempo y ocasión.

¿Cuáles gracias recibimos por la práctica de la caridad?

La caridad es la comunicación del amor que está en Dios a nosotros.

La caridad crea en nosotros una semejanza de Dios y de Cristo.

La caridad nos atrae la unión con Dios.

Donde hay caridad, está presente el Espíritu Santo y la gracia santificante, pues siempre van juntos.

Cada acto de caridad genuina hacia nuestro prójimo, cuyo motivo es el amor de Dios, obtiene para quien lo hace, la remisión de sus pecados.

Quienquiera que practica la caridad puede estar moralmente seguro de su salvación, pues es señal de predestinación.

La práctica de la caridad es el más necesario, el más fá-



cil, el más rápido, el más seguro y el más eficaz medio de llegar a la santidad.

¿Cuál es la regla de la caridad?

La primera parte es una prohibición: **No haga mal a nadie**; la segunda parte es un mandato: **Haga el bien a todos**.

¿Cuáles son los enemigos de la caridad?

La *detracción* consiste en revelar a otros, sin suficiente causa, las verdaderas faltas y defectos de nuestro prójimo.

La *calumnia* es inventar las faltas y defectos de los demás y propagarla con falsedad y deliberadamente, así añadiendo a la injusticia la mentira.

El *juicio temerario* es pensar mal del prójimo sin suficiente motivo, declarando como cierto un mal que no tiene fundada evidencia.

El *escándalo* se refiere a todo acto exterior, visto de los demás, que es capaz de conducirlos al mal. ¡...Y hay muchos más!

Hoy, más que nunca, hay una gran necesidad de la caridad. Amar, entregarse, desgastarse voluntariamente para el bien de la humanidad y por Dios, éste es el fin



último de la vida, pues es el amor que constituye el valor, la grandeza y la felicidad del hombre.

“Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado.” Si los hombres formularan su conducta en obediencia a este mandamiento, pronto verían la venida de los tiempos profetizados por el profeta Isaías: *“El lobo y el cordero pacificarán juntos.”* (LXV, 25)

¡Sea para gloria de Dios!



Fiestas Franciscanas

La Indulgencia de las Rosas



Una noche, en el monte cercano a la iglesita de Santa María de los Ángeles de la Portiúncula, ardía nuestro Padre San Francisco de Asís en ansias de la salud de las almas, rogando por los pecadores. Se le apareció un celeste mensajero y le ordenó bajar del monte a su iglesia predilecta. Al llegar a ella, entre resplandores, vio a Jesucristo, a su Madre y a multitud de ángeles. Confuso y atónito, oyó la voz de Jesús que le decía: “Pues, tantos son tus afanes por la salvación de las almas, pide, Francisco, pide.”

El Santo pidió una indulgencia plenaria que se ganase con sólo entrar, confesado y contrito, en

aquella mila-
grosa capilla.

“Mucho
pides, Francis-
co,” respondió
la voz divina,
“pero accedo
contento. Acu-
de a mi Vicario,
que confirme
mi gracia.”

Al rayar
el alba, tomó el
camino de Pe-
rusa, llevando
consigo a Fray

Maseo de Marignano. A la sazón
estaba en Perusa Honorio III.

“Padre Santo,” dijo el Pove-
rello, “en honor de María Virgen, he
reparado hace poco una iglesia; hoy
vengo a solicitar para ella indulgen-
cia, sin gravamen de limosnas.”

“No es costumbre obrar
así,” contestó sorprendido el Papa,
“pero dime cuantos años e indul-
gencias pides.”

“Padre Santo,” replicó Nues-
tro Padre, “lo que pido no son años
sino almas; almas que se laven y re-
generen en las ondas de la indulgen-
cia, como en otro Jordán.”

“No puede conceder esto la
Iglesia romana,” objetó el Papa.

“Señor,” suplicó Nuestro
Padre, “no soy yo, sino Jesucristo,
quien os lo ruega.”

Con esta frase ablandó el áni-
mo de Honorio, moviéndole a decir



tres veces: “Me place, me place, me
place otorgar lo que deseas.”

Los Cardenales allí presen-
tes, se opusieron a la decisión del
Papa, pero él replicó: “Concedida
está la indulgencia, y no he de vol-
verme atrás; pero regularé su goce.”

Y llamó al Santo. “Otorgo,
pues,” le dijo, “que cuantos entren
contritos y confesados en Santa
María de los Ángeles sean absuel-
tos de culpa y pena; esto todos los
años perpetuamente, mas sólo en el
espacio de un día natural, desde las
primeras vísperas, incluso la noche,
hasta el toque de vísperas de la jor-
nada siguiente.”

Oídas las palabras del Papa,
bajó Nuestro Padre la cabeza en se-
ñal de aprobación, y se retiró.

“¿A dónde vas, hombre
sencillo?” gritó el Papa. “¿Qué
garantía o documento te llevas de
la indulgencia?”

“Básteme,” respondió el Santo, “lo que oí; si la obra es divina, Dios se manifestará en ella. No he menester más instrumento; sirva de escritura la Virgen, sea Cristo el notario y testigos los ángeles.”

Con esto se volvió de Perusa a Asís.

Corría el tiempo sin que Honorio autorizara la proclamación de la otorgada indulgencia. El retraso atribulaba a Nuestro Padre. En una fría noche de enero, abismado en contemplaciones, de pronto le asaltó una sugestión violentísima; creyendo ser un hombre cuya vida era tan esencial para la prosperidad de su Orden. Para desechar esta tentación, se levantó, se desnudó el hábito, corrió desde su celda al monte, y no pareciéndole mortificación bastante el frío cruel, se arrojó sobre una zarza, revolcándose en ella. Manaba sangre de su desgarrada piel, y se cubría el zarzal de blancas y purpúreas rosas, como las de mayo. Las hojas verdes salpicadas con la sangre del Santo, se tachonaban de pintas bermejas o gotas de carmín. De pronto se encontró rodeado de innumerables ángeles: “Ven a la iglesia; te aguardan Cristo y su Madre.”

Cogió el Santo de la zarza florida doce rosas blancas y doce rojas, entrando en la capilla. Envueltos en nubes de gloria, estaban Cristo y su Madre, con innumerables milicias celestiales,

Nuestro Padre cayó de rodillas e impetró la realización de la

suspirada indulgencia. María se inclinó hacia su Hijo y Éste habló así: “Por mi Madre otorgo lo que solicita; y sea el día aquel en que Mi Apóstol Pedro, encarcelado por Herodes, vio milagrosamente caer sus cadenas.”

“¿Cómo, Señor,” preguntó Nuestro Padre, “haré notoria a los hombres Tu voluntad?”

“Ve a Roma,” repuso, “como la primera vez; notifica Mi mandamiento a Mi Vicario; llévale por vía de testimonio rosas de las que has visto brotar en la zarza; yo moveré su corazón y tu anhelo será cumplido.”

Fue Nuestro Padre a Roma con Fray Bernardo, Ángel, Pedro Catáneo y Fray León. Se presentó al Papa llevando en sus manos tres rosas encarnadas y tres blancas en honra de la Santísima Trinidad. Intimó a Honorio de parte de Cristo que la indulgencia había de ser en la fiesta de San Pedro Advíncula, y le ofreció las rosas. Se reunió el Consistorio, y ante las flores que representaban en enero la material resurrección de la primavera, fue confirmada la indulgencia. Escribió el Papa a los obispos circunvecinos de la Porciúncula, citándoles para que se reunieran en Asís el primer día de agosto, a fin de promulgar la indulgencia solemnemente.

En el día convenido concurrieron allí puntuales. Nuestro Padre apareció en un palco con los siete obispos a su lado, y después



de ferviente plática sobre la indulgencia obtenida, terminó diciendo que en el mismo día y todos los años perpetuamente, quien confesado y contrito entrase en aquella iglesia, lograría plena remisión de sus pecados.

Así quedó solemnemente publicada y promulgada la gran indulgencia de la Porciúncula, rival por el concurso y la importancia de los más célebres jubileos de la Edad Media.

Sitiada Asís en cierta ocasión por las tropas de Perusa, el segundo día de agosto se interrumpió el ataque y los Menores perusinos pudieron entrar en la villa para obtener

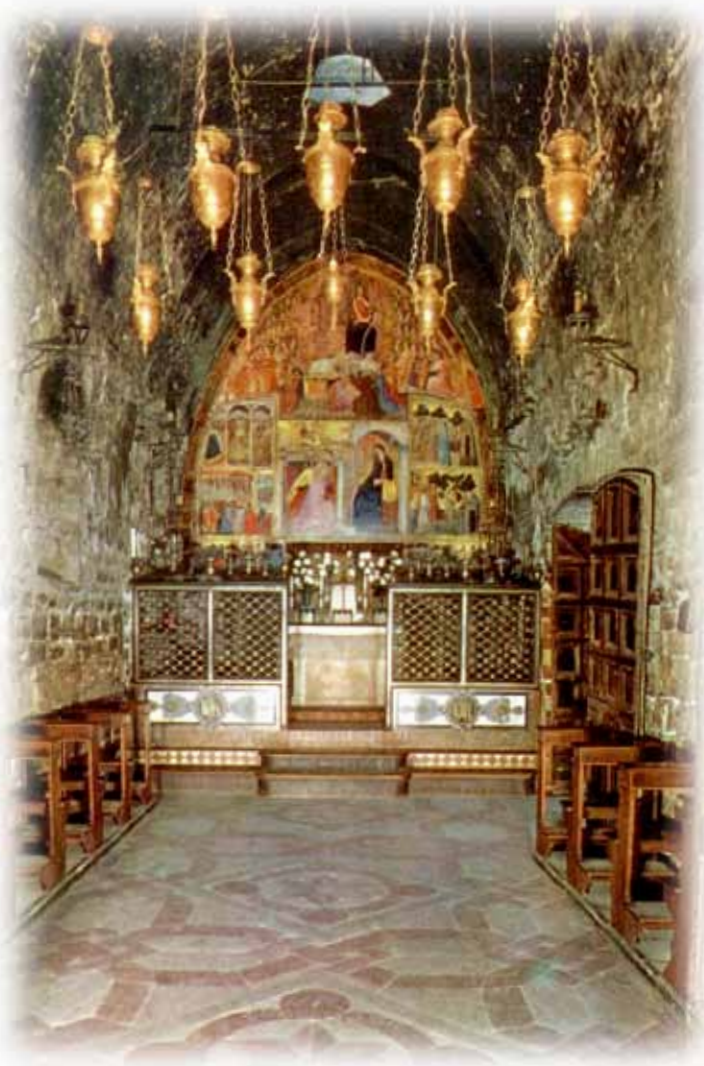
la indulgencia. A despecho de la providencia del Papa Gregorio XV, **que hizo extensivo el jubileo de la Porciúncula a todas las iglesias franciscanas del mundo**, no menguó la concurrencia a la pequeña población de Asís.

Al abrirse así con las sacras llaves las puertas del cielo, oleadas de bienaventuranza descendían sobre la Portiúncula, una especie de resplandor bañaba sus humildes muros. . .

* * *

Nota:

Una indulgencia es la parcial o total remisión de las penas temporales que expían los pecados



en esta o la otra vida, aun después de la reconciliación entre Cristo y el alma. Anexa va de ordinario a la indulgencia una obra pía: una limosna, fundar instituciones benéficas, cubrir, en suma, el presupuesto de la fe, de la caridad o del culto. Mas, el requisito de la limosna constituye sólo lo exterior y formal de la práctica. Lo esencial e interno estriba en la firme volun-

tad y propósito de renunciar al pecado, en la renovación del espíritu. Así lo enseña la Iglesia, declarando el fruto de la indulgencia plenaria proporcionado a las disposiciones del alma que aspira a lograrlo, y de cuyo albedrío depende obtenerlo.

¡Sea para gloria de Dios!

NOTICIAS DEL VERGEL

Queremos compartir con nuestros lectores las fiestas acontecidas en el mes de junio para que nos unamos en una acción de gracias por tantas bendiciones, ya que todo lo que favorece el culto de Dios, hecho con amor, le glorifica.



PRIMERAS COMUNIONES

El pasado mes de junio el R.P. Pablo González impartió la Sagrada Comunión a ocho niños, después de dirigirles un ferviente discurso para prepararlos a recibir con grande fe y devoción a Nuestro Señor.

MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS EN HONOR A SAN LUÍS GONZAGA

El 23 de junio fue la Santa Misa de fin de curso, en donde los niños cantaron el Kyrieale y otros himnos en honor de su santo patrono San Luis Gonzaga.



71 ANIVERSARIO DE LA OBRA DEL DESAGRAVIO

El día 24 de junio, aniversario de nuestra Orden, con gran gozo tuvimos Misa Solemne en acción de gracias.

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO

El 27 de junio, fiesta de nuestra Santa Patrona, cantamos sus alabanzas en accion de gracias a Nuestra Madre, quien está siempre pronta a socorrernos. ¡Invoquémosla!



PREMIACIÓN Y CLAUSURA DEL CATECISMO

El 30 de junio tuvo lugar la premiación de los alumnos de curso de catecismo. Los niños dieron un regalo al R.P. capellán por ser día de su santo.



¡Mmm...! ¿Qué tendrá... este regalo?



¡Sorpresa! Uno de los niños sale de una caja de regalo.



El amor a Nuestro Señor y la buena educación comienzan desde el hogar.



A final, el R.P. les exhorto a amar mucho a nuestro buen Dios por todas las almas que no lo aman. ¡Qué así sea!

Terminado el mes de junio, dimos la bienvenida al siguiente mes con la fiesta de la Preciosísima Sangre de nuestro Redentor, por la cual fuimos redimidos. ¡Qué dichosas somos las Mínimas que diariamente disfrutamos de las gracias infinitas de la Santa Misa!

¡Sea para gloria de Dios!

